

OS PROBLEMAS EDUCACIONAIS ESTÃO NA AVALIAÇÃO: A solução está em sua eliminação

Yván Pozuelo Andrés¹

Resumo: A diversidade das atividades de aprendizagem conseguiu abrir as mentes sobre a educação para todos com diferentes caminhos para o processo de ensino-aprendizagem. Mesmo assim, continuam a existir disfunções ou, por outras palavras, injustiças flagrantes que eliminam crianças capazes, inteligentes, criativas, amáveis, bem-humoradas, cheias de qualidades e de brilho, que são maltratadas pela avaliação. Conscientes de que estas palavras podem irritar, incomodar aqueles que têm fé nas pontuações e nas percentagens como medida justa para avaliar as capacidades e competências dos alunos, apresenta considerações conhecidas de todos, estudiosos e não estudiosos das políticas educativas, sobre o passo revolucionário que os professores devem dar para se colocarem numa sala de aula apenas prontos a ensinar e não para servirem de seleccionadores de pepitas de ouro, que em muitos casos são pintadas de dourado a partir do seu meio social de nascimento.

Palavras-chave: Avaliação. Apreciação. Notação.

EDUCATIONAL PROBLEMS ARE IN ASSESSMENT: The solution lies in its elimination

Abstract: The diversity of learning activities has managed to open minds about education for all, with 183olden183e183 paths for the teaching-learning process. Even so, there are still dysfunctions or, in 183olde words, blatant injustices that eliminate capable, 183olden183e183te, creative, kind, humorous children, full of qualities and brilliance, who are mistreated by assessment. Aware that these words may irritate, annoy those who have faith in scores and percentages as a fair measure to assess students' abilities and skills, I 183olden183e considerations known to all, scholars and non-students of educational policies, on the revolutionary step that teachers must take 183olden183e themselves in a classroom 183old ready to teach and not to serve as selectors of 183olden nuggets, which in many cases are painted 183olden from their social environment of birth

Keywords: Evaluation. Assessment. Rating.

LOS PROBLEMAS EDUCATIVOS ESTÁN EN LA EVALUACIÓN: La solución está en su eliminación

Resumen: La diversidad de las actividades de aprendizaje ha logrado abrir la mente sobre una enseñanza para todos y para todas con diferentes caminos para el proceso de enseñanza-aprendizaje. Aun así, existen disfuncionamiento, o lo que es lo mismo injusticias flagrantes que eliminan a menores capacitados, inteligentes, creativos, bondadosos, llenos de calidades y de brillantes maltratados por la evaluación. Consciente de que estas palabras puedan irritar, molestar a quienes tienen fe en puntuaciones y porcentajes como medida justa de valorar las capacidades y competencias del alumnado, se expondrá consideraciones conocidas por todo el mundo, estudiosos y no de las políticas educativas, sobre el paso revolucionario que debe el docente dar para situarse en un aula únicamente dispuesto a enseñar y no a

¹ Doctor en Historia. Profesor del CIFP de hostelería y turismo de Gijón, España. Editor de REHMLAC. Miembro del Centro de Estudios Históricos de la Masonería Española de la Universidad de Zaragoza. E-mail: yvanpozuelo@gmail.com

servir de seleccionador de pepitas de oro, que en muchos casos vienen pintadas de doradas desde su entorno social de nacimiento.

Palavras-clave: Evaluación; Apreciación; Notación.

Introdução

Vivimos en un sistema educativo donde la evaluación se ha convertido en el instrumento más corrupto del proceso de enseñanza-aprendizaje. Evaluar al alumnado es una de las obsesiones de los gobiernos que han trasladado esa obsesión a los educadores, pedagogos y docentes en general. Los exámenes, las notas, y los informes de rendimiento son hoy los instrumentos de medición, fluctuantes, de la educación. El resultado de la obsesión: los estudiantes no estudian para aprender; estudian para aprobar. Los docentes, atrapados en un ciclo de corrección interminable, ven cómo el verdadero propósito de su labor se desvanece entre formularios, rúbricas y plantillas de calificación. “Todo va bien” hasta que se enfrentan a la evaluación. Entonces, sufren una batalla interna que trasladan como batalla a los claustros, departamentos didácticos y a las familias. ¿Qué pasaría si elimináramos la evaluación tal y como la conocemos? ¿Y si la solución a los problemas educativos actuales fuera precisamente su eliminación?

En este terreno, tras siglos de pensamiento educativo, quizás sería hora de pensar lo impensable. Porque en la eliminación de la evaluación radica una posibilidad de progreso: la de liberar el aprendizaje del yugo de la calificación, del juicio y de la competencia. Y es que, lejos de promover la excelencia, la evaluación en su formato tradicional ha logrado lo contrario: ha sofocado la creatividad, ha limitado la exploración intelectual y ha encadenado a generaciones enteras a un modelo de éxito y fracaso que poco tiene que ver con el aprendizaje profundo. La evaluación ha segregado la inteligencia.

No se trata de abogar por la abolición del esfuerzo o del rigor. Al contrario, el aprendizaje es una actividad rigurosa por naturaleza, pero su rigor no debería medirse a través de números y estadísticas que simplifican y reducen la complejidad del proceso cognitivo. En este sentido, sostengo que la evaluación es, en esencia, un obstáculo para la auténtica educación, la que se ocupa de todos y no sólo de unos cuantos, independientemente de cuán avanzado sea el régimen político que la implementa. Si bien es ostentosamente visible en países con un nivel

democrático y de estabilidad económica avanzado, lo es aún más en aquellos que no han alcanzado esos niveles. Independientemente, el alumno y la alumna son estudiantes, y el trato educativo público, estatal, debe ser el más eficiente para el desarrollo personal y profesional de cada uno y de cada una. La evaluación que selecciona siembra injusticias sociales que se perpetúan. La evaluación es una herramienta que, en vez de fomentar la curiosidad, el pensamiento crítico y la autonomía, refuerza la sumisión a normas y expectativas externas, llevando consigo la opresión y la zanahoria inalcanzable para la inmensa mayoría de los y las que sí han cumplido con todas sus premisas. La educación, entendida como un proceso de transformación personal y social, debe estar orientada a la experiencia, al descubrimiento y, sobre todo, a la libertad de pensar y actuar sin el peso del juicio constante. Esto es algo que al menos sobre el papel ya está asumido. ¿Qué pasa entonces a la hora de aplicarlo en el aula, donde se hace caso omiso a estas expresiones?

Mis reflexiones se nutren de lecturas generales sobre educación procedentes de diferentes autores de los últimos siglos, de ciertas estadísticas sobre educación de los últimos años y, sobre todo, de la experiencia personal cuyo ejercicio práctico se puso en tela de juicio por parte de las autoridades educativas del gobierno de mi región, quienes se tomaron las molestias de sancionarme a través de un expediente académico extenso (4000 páginas), provocando en mí una profundización reflexiva sobre este crucial conflicto que es la evaluación.

A lo largo de este texto, intentaré demostrar cómo la eliminación de la evaluación puede abrir las puertas a una educación más humana, más justa y, sobre todo, más eficaz sin perder la exigencia académica. La esencia del mensaje ha sido desarrollada por múltiples autores que analizaron y reflexionaron sobre los procesos de aprendizaje y de enseñanza. Mucho de lo que voy a contar ya se ha contado. Sin embargo, mi aportación es la de poner en el centro de todas esas reflexiones el foco sobre el punto neurálgico de la educación: la evaluación en el aula, la evaluación persona a persona, la más cercana, donde todos los planteamientos educativos, en estos momentos, convergen. Porque, al final, la cuestión no es cómo mejorar los sistemas de evaluación, sino si realmente necesitamos evaluar. ¿Es posible imaginar una educación sin exámenes, sin calificaciones, sin aprobados ni suspensos? Creo que no solo es posible, sino necesario. Además, como docentes, ¿seríamos capaces de devaluar a nuestros propios hijos?

Entonces, ¿por qué seríamos capaces de devaluar a los hijos de los demás, y con más facilidad a los hijos y las hijas de las clases trabajadoras y más pobres de la sociedad?

La naturaleza del aprendizaje: proceso y experiencia, no resultados cuantificables

El aprendizaje humano es intrínsecamente diverso, consecuencia de las experiencias personales, culturales y emocionales de cada individuo. Cada estudiante aporta un bagaje único que influye en su forma de aprender y de relacionarse con el conocimiento. La educación no debería ser un proceso homogéneo, sino un propulsor de esta diversidad. Sin embargo, las evaluaciones estándar tienden a homogeneizar las experiencias educativas y aplicar criterios rígidos y muchas veces irreales a contextos variados, desconectándose de las realidades de los estudiantes. Esta crítica ha sido sostenida por varios expertos que cuestionan la eficacia de los sistemas de evaluación estandarizados, como el informe de la investigación "Against PISA" (2018), que señala que "los modelos de educación que se centran en exámenes estandarizados como PISA ignoran el contexto local y las diversidades culturales, lo que lleva a políticas educativas que a menudo son inadecuadas para las realidades de los estudiantes" (M. Sellar y D. Lingard, 2018). Algo similar, por citar a un grupo más de investigadores, el "Grupo de Trabajo sobre Estándares y Evaluación", coordinado por el profesor W. James Popham de la Universidad de California de Los Ángeles (UCLA), pone en tela de juicio el carácter de justicia de todas estas pruebas, viéndolas como un obstáculo para el aprendizaje. Son "pruebas" que al final están bastante coordinadas, tienen sus reuniones con expertos, que, en muchas ocasiones, piensan en cada línea de la evaluación, en por qué preguntar tal y tal cosa. Pues, imaginemos todas las pruebas de aula que están en manos de una sola persona, además no siempre experta ni en la materia ni en educación.

No todos los 39 de fiebre provienen de las mismas causas ni provocan las mismas consecuencias. A veces puede coincidir que sí, incluso en la mayoría de las personas, pero la minoría cuenta con un número elevado de personas con las que hay que implementar los mismos cuidados y las mismas preocupaciones, aunque no estén en los estándares. A una persona que sufre de problemas de crecimiento, y que no está en esos estándares, ¿el médico ya no la atendería, o la atendería menos? ¿Por qué los docentes sí?

La dinámica del aula se ve alterada por la presión de la evaluación. Los estudiantes pueden sentirse incapaces de compartir sus pensamientos más innovadores o sus preguntas más intrigantes, por temor a ser juzgados. Este ambiente silencia voces valiosas, convirtiendo un espacio que debería ser de colaboración y diálogo en uno de competencia y rivalidad. Como afirman Sellar y Lingard en el mismo informe, la lógica de clasificación que subyace a las evaluaciones estandarizadas fomenta una cultura de competencia desleal entre los estudiantes, lo que puede ser perjudicial para el aprendizaje a largo plazo y la innovación creativa (Sellar y Lingard, 2018). Personalmente, no tengo duda alguna sobre este fenómeno. Fomentar una cultura de aprendizaje basada en el proceso implica promover la apertura, donde cada voz es escuchada y valorada, evitando que el miedo al fracaso frene el desarrollo de ideas originales. Se habla de fomentar, además, el emprendimiento, pero se hace lo contrario para conseguirlo. El emprendimiento diferenciado, no estandarizado, muestra que entonces la estandarización es un obstáculo para él.

Asimismo, también debemos considerar que el aprendizaje auténtico se produce en contextos donde hay un sentido de pertenencia y conexión. El trabajo en grupo, la discusión entre pares y la creación de un ambiente de apoyo son componentes críticos del aprendizaje. Sin embargo, cuando nos enfocamos en la evaluación, a menudo se ignora esta dimensión relacional. Expertos como Richard Elmore abordan la evaluación como un “rendir cuentas”, pero ¿a quién? ¿Al Estado, a la ciudad, al barrio, a la escuela? ¿Una escuela estandarizada, una evaluación estandarizada, seres humanos estandarizados? ¡Cuánto daño hicieron siglos de tiranía!

Nunca entendí cómo se podía programar la enseñanza sin conocer a los alumnos a los que se va a dar clase. Incluso, deben pasar algunas semanas para intentar adecuar lo mejor posible lo que se va a hacer, cómo y para qué. La educación debe cultivarse como una red activa de interacciones humanas que enriquecen el proceso cognitivo y emocional de aprender y enseñar. Las evaluaciones deberían ser herramientas para promover la comunidad, la sociedad, en lugar de fragmentarla, y este enfoque es fundamental para construir una educación que respete la singularidad de cada estudiante. Diagnosticar sí; evaluar para culpabilizar y eliminar, no.

El aprendizaje no puede ser reducido a una mera acumulación de datos y puntuaciones. Es un viaje local, personal y compartido, que está vinculado en gran medida a la cultura y al entorno en el que se desarrolla. Si queremos un sistema educativo que realmente honre la

complejidad del aprendizaje, es necesario dismantelar la ilusión de la objetividad que muchas veces rodea a la evaluación cuantitativa. Como sostiene el informe "Against PISA", la obsesión por los resultados en pruebas estandarizadas está socavando la verdadera educación, que debe priorizar el desarrollo integral del estudiante frente a un enfoque estrecho en los números (Sellar y Lingard, 2018). Al reconsiderar nuestros métodos de evaluación, podemos empezar a construir un sistema educativo que no sólo evalúe, sino que, más importantemente, diagnostique para intervenir y nutrir el verdadero potencial humano.

Uno de los aspectos más preocupantes de los sistemas de evaluación estandarizados es su incapacidad para reconocer y abordar las profundas injusticias sociales que afectan a los estudiantes y sus experiencias educativas. La realidad es que los logros académicos no se distribuyen de manera equitativa en nuestra sociedad; las desigualdades socioeconómicas, culturales y raciales crean un mosaico de oportunidades desiguales. En este contexto, las evaluaciones cuantitativas no solo reflejan el conocimiento de un estudiante en un momento dado, sino que también perpetúan y refuerzan estas desigualdades. Es conocido que los estudiantes de comunidades marginadas o de bajos ingresos a menudo carecen del mismo acceso a recursos educativos que sus pares en entornos más privilegiados. Por lo tanto, cuando se les mide exclusivamente a través de pruebas estandarizadas, el resultado se convierte en un reflejo de su contexto social más que de su verdadero potencial.

Además, las evaluaciones no tienen en cuenta las variaciones culturales que influyen en el aprendizaje. Cada cultura aporta diferentes formas de conocimiento y experiencias de vida que son fundamentales para el proceso educativo, y al no ser reconocidas en las pruebas estandarizadas, estas se convierten en herramientas que excluyen a quienes no se ajustan a un modelo homogeneizado de lo que se considera "acertado" o "inteligente". Como sostiene la pedagoga y crítica educativa Linda Darling-Hammond, los sistemas educativos que se basan principalmente en pruebas estandarizadas dejan de lado las habilidades y el conocimiento de aquellos estudiantes que no se convierten en 'productos' de un enfoque educativo específico (Darling-Hammond, 2010). Esta falta de consideración no solo desvaloriza el aprendizaje diverso, sino que también perpetúa la marginalización de estudiantes que traen experiencias únicas al aula.

Otra dimensión crítica radica en cómo la presión por cumplir con ciertos estándares de evaluación puede transformar la motivación intrínseca de los estudiantes en una mera respuesta a la expectativa externa. Cuando los estudiantes son continuamente evaluados en función de criterios que desconocen o que no se alinean con su realidad vivida, puede surgir un sentimiento de desesperanza y desconexión. Este ambiente de evaluación puede llevar a algunos estudiantes a desistir y a sentirse alienados de su experiencia educativa, lo que refuerza la narrativa de que el aprendizaje solo es valioso si puede ser cuantificado y comparado. La evaluación tradicional en el sistema educativo ha sido una herramienta central para medir el desempeño académico de los estudiantes. Sin embargo, su impacto va más allá de la simple asignación de calificaciones. En un contexto donde las aulas deberían ser espacios de inclusión y promoción del aprendizaje, la evaluación puede, en muchos casos, convertirse en un elemento que fomente dinámicas de acoso y exclusión.

La estructura competitiva de las evaluaciones, que categoriza a los estudiantes en un espectro que va de "exitosos" a "fracasados", establece un terreno fértil para el acoso. Aquellos que consistentemente obtienen calificaciones más bajas a menudo son etiquetados y estigmatizados. Esta estigmatización no sólo afecta su autoestima y percepción de sus capacidades, sino que también los expone a ser blanco de burlas y acoso por parte de sus compañeros. Lo mismo ocurre con los y las que obtienen las mejores calificaciones, mal vistos por ser una minoría, mal vistos porque son un modelo de éxito en el aula de la selección sin serlo fuera de ese aula, mal vistos por cumplir las órdenes de los adultos, etc. Debe señalarse que el problema no solo reside en las notas bajas.

Discutir la evaluación en su formato actual implica reconocer su papel en la perpetuación de un sistema que fomenta el aprendizaje profundo y la inclusión sobre el papel, para hacer lo contrario en la práctica. La presión que las evaluaciones ejercen puede llevar a los estudiantes a altos niveles de estrés y ansiedad, factores que a menudo desencadenan problemas de comportamiento y de salud mental entre los estudiantes.

Frente a esta realidad, se hace necesaria una reestructuración del sistema de evaluación. Promover evaluaciones formativas y colaborativas, así como la coevaluación, la autoevaluación como ejercicios de enseñanza y no como conclusión de la enseñanza, considerándolas no como algo “además de la enseñanza” o “al final del proceso de enseñanza-aprendizaje”, puede no sólo

desactivar las dinámicas de acoso, sino también fomentar un entorno donde cada estudiante sea valorado por su crecimiento y potencial individual, y no por su capacidad de competir en un marco estrecho de éxito académico. La lucha por una educación más justa y equitativa pasa por transformar las evaluaciones en herramientas de inclusión y comunidad, y no de división y exclusión.

Este cambio no es solo necesario, sino urgente, para asegurar que las escuelas sean espacios donde todos los estudiantes puedan sentirse seguros y estimulados a aprender y crecer sin el temor de ser juzgados y marginados por saber o no saber. Dar clase con ese objetivo no es lo más fácil porque saca la lección del automatismo para insertarla en un diálogo de conocimiento y desempeño entre el alumnado, el profesorado y el contexto socio-afectivo de la sociedad local.

El impacto negativo de la evaluación: estancamiento del pensamiento crítico

El miedo a la evaluación se ha infiltrado no solo en la sala de clases, sino también en la mentalidad de los estudiantes fuera de ella. Esta presión puede llevar a un enfoque superficial del aprendizaje, donde los estudiantes memorizan información solo para obtener una buena calificación. La verdadera comprensión se convierte en un objetivo secundario, y el aprendizaje se reduce a una mera preparación para la evaluación, socavando el deseo natural de explorar y comprender el mundo. Como menciona Paulo Freire en su obra *Pedagogía del oprimido*, el acto de aprender no debería ser un ejercicio mecánico, sino una forma de dialogar y reflexionar sobre la realidad. En su crítica al sistema educativo tradicional, Freire argumenta que la enseñanza bancaria, en la que el conocimiento se deposita pasivamente en las mentes de los estudiantes, solo perpetúa la opresión y el conformismo. Esta perspectiva sugiere que la evaluación, tal como se practica actualmente, no fomenta la curiosidad ni el pensamiento crítico, sino que, por el contrario, lo obstruye, convirtiendo a los estudiantes en meros receptores pasivos de información. Aparece entonces el problema de la formación del profesorado y de las propias pruebas de entrada al cuerpo docente. Si no lo experimentaron de verdad, más difícil será entender este paradigma, sus beneficios y su modo de lograrlos.

Asimismo, la jerarquización de los estudiantes basada en sus resultados de evaluación alimenta un sentido de competencia tóxica. En lugar de trabajar juntos y aprender unos de otros,

los estudiantes se convierten en rivales, luchando por el reconocimiento o un puesto superior en la escala de calificaciones. Esta competencia puede crear un ambiente de estrés que no solo obstaculiza el aprendizaje, sino que también afecta la salud mental y emocional de los estudiantes. Esta competencia, en lugar de promover el respeto y la colaboración, fomenta un clima de desconfianza y tensión. La educación debería ser un espacio de encuentro y diálogo, no un campo de batalla en el que cada estudiante siente la necesidad de superar a los demás. Una educación que prioriza el pensamiento crítico debería fomentar el trabajo colaborativo y el apoyo mutuo, donde todos se sientan libremente motivados a arriesgarse a compartir sus ideas y a cuestionar el conocimiento como un proceso dinámico, no como un fin.

El impacto negativo de la evaluación se extiende más allá del aula y puede influir en la relación que los estudiantes desarrollan con el aprendizaje a lo largo de sus vidas. Si el aprendizaje se ve como una serie de exámenes y evaluaciones, los estudiantes pueden desarrollar una aversión al aprendizaje continuo y la autoexploración una vez que dejen la escuela. La cultura de la evaluación puede desincentivar la curiosidad innata y convertir el aprendizaje en una carga. Freire subraya que el acto pedagógico debe estar impregnado de amor y respeto; sin embargo, en un contexto de evaluación constante y presión por los resultados, estos valores pueden verse eclipsados. Es fundamental cultivar un ambiente donde el aprender sea considerado un placer y una aventura, no una obligación que debe cumplirse bajo un sistema de evaluación que limita la creatividad. No es fácil crear ese ambiente si no nos esforzamos como docentes en llevarlo a la práctica. Lo es fácil, si nos liberamos nosotros mismos desde el convencimiento de mantener un sistema educativo del fracaso y del abandono escolar si no cambiamos. Cambiemos, con algún paso erróneo, pero cambiemos porque no cambiar es seguir fabricando una sociedad con injusticias, con inseguridad, e insostenible.

Al final, la evaluación, tal como se concibe en muchos sistemas educativos actuales, se convierte en un control que silenciosamente reprime el verdadero potencial de los estudiantes. En lugar de servir como una guía que ayuda a los alumnos a crecer y prosperar, se transforma en una barrera que obstaculiza su desarrollo intelectual y emocional. Freire advierte sobre los peligros de una educación deshumanizada, y la evaluación, si permanece en su forma tradicional, puede convertirse en una de las manifestaciones más insidiosas de esta realidad. El propio Freire pisaba con mucha prudencia el terreno de la evaluación y, según mis

conocimientos, no abordó de lleno la problemática de la evaluación de aula. Es decir, si esta problemática es extremadamente sensible de enfrentar.

El pensamiento crítico es como un ave que podría volar alto y libre, la evaluación es esa jaula dorada en la que le encerramos, admirando lo bien que se queda quieto en lugar de dejarlo alzar el vuelo.

Evaluación como control y herramienta de exclusión

La evaluación, en su forma más cruda, se ha utilizado históricamente como un mecanismo de control social, limitando el acceso a oportunidades educativas y profesionales, en un desarrollo avanzado de represión discreta. Son muchos los autores, con un pensamiento crítico de alto calado, que así lo han descubierto. Foucault, en su análisis de cómo las instituciones, incluida la educativa, utilizan mecanismos de control para regular el comportamiento y la conformidad de los individuos, sostiene que, a través de la evaluación y otros dispositivos de medición, se perpetúan jerarquías y normas que restringen la libertad y el acceso a oportunidades. Según él, el poder se ejerce no sólo a través de la represión, sino también a través de la formación de subjetividades y la constitución de normas sociales. Por su lado, Freire explica cómo la forma en que se estructura la educación puede servir para perpetuar la opresión y la exclusión social. Afirma que los modelos de educación que se enfocan en la memorización y las pruebas estandarizadas limitan el pensamiento crítico y refuerzan las desigualdades, impidiendo que los estudiantes desarrollen una voz propia que les permita acceder a oportunidades equitativas. Raymond Williams es más contundente. Señala que la evaluación y la certificación en el ámbito educativo están diseñadas, en muchas ocasiones, para servir a los intereses de la clase dominante. A través de sistemas de evaluación que seleccionan a ciertos individuos para oportunidades superiores, se mantiene una estructura de clase y poder que niega a los menos privilegiados el acceso a recursos y niveles educativos más altos. Por su parte, y a modo de ilustración de hasta qué punto la evaluación es violencia discriminada por estar enfocada al contexto supremacista heteropatriarcal blanco, Angela Davis argumenta que las pruebas estandarizadas han sido utilizadas para incluso justificar la desigualdad educativa y la discriminación racial. Ella subraya que estas medidas no solo evalúan el rendimiento académico, sino que también operan como herramientas de control social que perpetúan las

jerarquías raciales y socioeconómicas. Se puede citar a Ken Robinson, Alfie Kohn, Daniel Pennac, John Holt, Montessori, Alfie Kohn, y Summerhill entre una larga lista de hombres y mujeres de cada país, y aún así parece que todas esas miradas, esos toques de atención, esas propuestas de cambio apenas influyen en los docentes. “Son cosas de pedagogos, de universitarios aburridos y vividores, de huidos de la tiza, de gente que no da clase en las clases en las que hay que dar donde ninguno quiere estudiar”. Sin embargo, sí existen docentes que fueron influidos o que llegaron a las mismas conclusiones desde dentro del aula. Esta sucinta muestra de autores reconocidos en la materia no hace más que recalcar que, por ejemplo, cuando escribí mi libro *¿Negro o docentes? La Rebelión del 10*, sin haberlos entonces leído, estaba no solo dentro del diálogo sobre esta problemática, sino que había aplicado en mis clases un método que ya no se alineaba con lo aquí criticado. Fueron mis amistades y quienes me defendieron ante la represión de las autoridades educativas de mi región las que me fueron compartiendo estos nombres y sus obras por sentir que se parecía a lo que exponía yo en el libro sobre la enseñanza en general y en concreto sobre la evaluación. Pero, no soy un autor reconocido, de ahí que quienes desean perpetuar ese paradigma evaluador discriminador intentaron eliminarme del sistema educativo. Uno de los autores españoles actuales de muy larga trayectoria investigadora, Antonio Viñao, en su último libro critica el “corrosivo papel legitimador de las desigualdades” del “ideal democrático”. Según este autor, los docentes están colocados “en una controvertida y problemática posición” porque deben enseñar y a la vez clasificar, etiquetar y jerarquizar obligatoriamente a personas que también deben aceptarlo (Viñao, 2023).

Las pruebas estandarizadas, que prometen ser imparciales, a menudo favorecen a ciertos grupos que tienen acceso a mejores recursos educativos y apoyos. Por citar solo un ejemplo, los hijos e hijas de los docentes son adiestrados con más ahínco por saber sus progenitores los “códigos” de actuación de cómo llegar a esa fantasía que es la excelencia académica en calificaciones, confundida con la excelencia verdadera que es la sabiduría. Esto crea un ciclo vicioso donde aquellos que están menos favorecidos económicamente son los que más sufren, perpetuando la desigualdad en lugar de abordar las disparidades existentes. El docente piensa que el pobre, el de clase media, el rico y el nuevo rico están en igualdad de condiciones cuando están todos juntos en el mismo grupo de clase durante un mismo año o incluso toda una etapa

educativa, haciendo caso omiso a la situación personal y familiar. ¡Qué ganas de oprimir inventándose fórmulas de autoconvencimiento basadas en la nada! “Eso no es de nuestro dominio”, decimos. Pues, por eso mismo, no debemos alimentar las desigualdades. Si lo que quieren esos docentes es verdaderamente a los mejores, que enseñen con metodologías que lo permitan y no solo con metodologías tradicionales, donde ya todo viene marcado en un libro que desconoce el carácter, las aptitudes y las vivencias de nuestros grupos de alumnado.

Este sistema de evaluación favorece una visión monolítica del "éxito". Los resultados de las pruebas no solo influyen en las decisiones educativas, sino que también impactan en la autoestima y el sentido de valor personal de los estudiantes. Cuando las calificaciones se convierten en una medida única de éxito, se ignoran otros talentos y habilidades que son igualmente valiosos en la sociedad. La creatividad, la resiliencia y la empatía, a menudo no evaluadas, son fundamentales en el mundo actual; así, la eliminación de la evaluación podría abrir la puerta al desarrollo de una gama más amplia de cualidades humanas.

Debemos reconocer que el proceso de selección y clasificación no solo perpetúa la exclusión, sino que también puede impactar negativamente en la calidad de la educación misma. Al priorizar el rendimiento en pruebas, los educadores pueden comprometer la profundidad de los contenidos y experiencias de aprendizaje que ofrecen. Si reestructuramos nuestras formas de valorar el aprendizaje y adoptamos criterios más inclusivos, podríamos transformar el aula en un espacio donde cada estudiante sienta que puede contribuir y explorar su potencial. Esto no solo beneficiaría a los estudiantes individualmente, sino que también enriquecería la comunidad educativa en su totalidad, promoviendo una cultura de aprendizaje colectivamente significativa.

La evaluación también puede tener un impacto desproporcionado en la motivación de los estudiantes. Si su éxito está ligado a criterios injustos o limitantes, muchos pueden verse desmotivados o desalentados a perseguir áreas de interés que no se alinean con esos estándares. Cuando se valora a los estudiantes en función de su rendimiento en pruebas estandarizadas, se corre el riesgo de ignorar sus pasiones e intereses. Así, un cambio hacia un sistema más inclusivo y personalizado podría no solo elevar el nivel educativo, sino que también podría encender la chispa de la exploración y el descubrimiento en los estudiantes, impulsándolos a convertirse en aprendices de por vida. ¿Qué entiende una alumna con matrícula de honor en el

bachillerato, matrículas de honor en todas las asignaturas, en dos carreras universitarias y que no se le contrate en un empleo a la altura de ese nivel de éxito académico? ¿Pesa más ser hija de madre trabajadora soltera? La evaluación es uno de los principales instrumentos de corrupción de la sociedad y en concreto del proceso de enseñanza-aprendizaje.

La eliminación de la evaluación formal podría abrir la puerta a modelos de aprendizaje más comunitarios y colaborativos, centrados en el ser, es decir, en la sociedad y en su organización inclusiva. No solo se construiría un sentido de comunidad más fuerte, sino que también se fomentaría un aprendizaje más significativo y duradero, donde el foco estuviera puesto no en los resultados, sino en el proceso compartido de adquirir conocimiento.

En el escenario educativo, la evaluación se presenta como un semáforo trucado que solo da luz verde a quienes cuentan con los privilegios adecuados, prometiendo imparcialidad, pero reforzando desigualdades. El propietario del semáforo es el artífice de ir cambiando la objetividad. Al centrarse exclusivamente en calificaciones numéricas, la evaluación asfixia talentos fundamentales como la creatividad y la empatía, que quedan frenados en luz roja. Se usan, pero no suman valor, porque para un sector numeroso y dañino de la comunidad educativa no sería valor de verdad, como el dominio de la gramática, de la filosofía, de las matemáticas al nivel de los especialistas en dichas materias. Los resultados académicos no aseguran igualdad de oportunidades, exponiendo a la evaluación como una fuerza que perpetúa la desigualdad. Transformemos el aula en un cruce abierto para todos y para todas, donde cada talento y habilidad cuenten, impulsando un aprendizaje inclusivo y significativo. Mientras la evaluación se mantenga fuera de la enseñanza será injusta. La evaluación será útil tan sólo cuando sea una actividad más de la enseñanza, no más importante que cualquier otra actividad de aprendizaje. Entonces, se usa para mejorar al alumnado, para darle actividades diversas que le permitan aprender.

La ilusión de la objetividad: problemas inherentes a los sistemas de evaluación

Es necesario cuestionar la noción de que la evaluación cuantitativa puede representar fielmente la diversidad del aprendizaje humano. Los sistemas de evaluación estandarizados tienden a ignorar contextos individuales y únicos, lo que puede resultar en desajustes significativos entre la realidad del estudiante y la interpretación de su rendimiento que hace el sistema. Esto es especialmente cierto en entornos multiculturales, donde las distintas experiencias de vida y la

diversidad cultural no se reflejan adecuadamente en las rúbricas de evaluación. La lógica de la evaluación estandarizada, que busca una homogeneización del conocimiento, de los métodos de enseñanza y de la evaluación de ese conocimiento, pasa por alto las narrativas y perspectivas diversas que cada estudiante aporta al proceso educativo. En este sentido, como señala Michel Foucault en *La arqueología del saber*, no hay una historia universal de las ideas, sino un mosaico de historias por contar (Foucault, 1969). La evaluación, al imponerse como un único paradigma de diagnóstico del aprendizaje, invisibiliza este mosaico, arriesgándose a ocultar las ricas y complejas realidades que los estudiantes realmente experimentan.

La suposición de que los exámenes pueden medir la inteligencia y el conocimiento puede ser engañosa. La inteligencia no es un rasgo estático, sino algo que puede florecer en un ambiente adecuado que fomente la curiosidad y la pasión. La noción de objetividad en la evaluación sugiere que hay una forma "correcta" de aprender, sin reconocer las múltiples formas en que los estudiantes establecen conexiones con el conocimiento. Al reducir el aprendizaje a una serie de puntos o puntuaciones, se corre el riesgo de erradicar la esencia misma del proceso educativo: la transformación personal y el descubrimiento. Esta visión limitada del conocimiento se ve reforzada por el propio sistema educativo, que, al enfatizar estándares rígidos y cuantificables, descarta la variedad de enfoques que pueden enriquecer el proceso educativo. Foucault, en su crítica al conocimiento y al poder, nos recuerda que el conocimiento no puede reducirse a un mero instrumento de dominación; es también una práctica de libertad (Foucault, 1984). Cuando la evaluación se convierte en una forma de control, se apaga esta libertad inherente al aprendizaje y al intento de comprender el mundo que nos rodea.

Otro aspecto que resalta la falta de objetividad es el impacto del estado emocional de los estudiantes en su desempeño durante las evaluaciones. La ansiedad, el estrés y otros factores emocionales pueden influir en cómo un estudiante se presenta a una prueba, afectando sus resultados. Para los docentes de la vieja cuerda, que aceptaron la sumisión y que luego la reconocen como idónea para el objetivo del proceso de enseñanza-aprendizaje “es lo que hay”. Si eres débil, si no aguantas, si no sabes que la vida es injusta, eres un niño mimado, debes sentirte apartado por esa condición hasta que aceptes la sumisión evaluadora, porque si no no aguantarás tampoco en ningún trabajo, no aguantarás a ningún “jefe”. Este sector de docentes

desnuda el objetivo verdadero de la evaluación, que no es sobre méritos ni sobre esfuerzos, sino sobre sumisión, para que puedas aguantar la vida de verdad...

Este deterioro emocional se traduce en una representación distorsionada de las capacidades del estudiante, desvirtuando así cualquier aspiración por una evaluación justa y equitativa. En lugar de reflejar su verdadero conocimiento, las calificaciones a menudo son más un comentario sobre su estado emocional en ese momento. Aquí, el valor del error como parte del proceso de aprendizaje se convierte en la primera víctima de un sistema que solo ve lo cuantificable y lo medible, dejando poco espacio para la reflexión y el crecimiento personal. La evaluación sin diálogo entre las diferentes partes es una selección. Son conceptos diferentes, dinámicas diferentes, paradigmas educativos diferentes, pero sería interesante que, ya que se aplicaron ese concepto, dinámica y paradigma de la selección porque así lo estipulaba la ley educativa, se pueda ahora aplicar ¡el concepto, la dinámica y el paradigma de las nuevas leyes! Y los que estén en contra, lo digan, lo expresen, pero si están en el sistema educativo, apliquen lo que no les gusta aplicar. Pensaba yo que eran las reglas de la democracia...

Es fundamental que la educación se despoje de las evaluaciones que impiden el acceso a diversos relatos de aprendizaje. Fomentar un entorno en el que se valore el proceso por encima del resultado permitiría que cada estudiante explore su potencial sin las restricciones de criterios disfuncionales. La evaluación debería ser un espejo que refleje el viaje del aprendizaje personal y no una lápida que estigmatiza el esfuerzo y la curiosidad. Transformar la evaluación en un proceso dinámico y colaborativo no solo enriquecería el aprendizaje, sino que también reubicaría al estudiante como agente activo de su propia educación.

La evaluación objetiva es cómo medir el amor de una madre por el peso de los abrazos que da. Puede parecer lógico, pero termina siendo un cálculo vacío y absurdo.

Alternativas a la evaluación tradicional: hacia una educación liberadora

Al contemplar alternativas a la evaluación tradicional, es crucial enfatizar la importancia de un aprendizaje más centrado en el estudiante. Adoptar enfoques pedagógicos que integren la autosuficiencia y la responsabilidad personal puede ser transformador. Por ejemplo, el aprendizaje basado en proyectos no solo permite a los estudiantes aplicar sus conocimientos en contextos reales, sino que también los empodera para elegir sus propios temas y métodos de

investigación, creando un sentido de agencia que está ausente en modelos de evaluación tradicionales. Esta idea se alinea con las propuestas de John Dewey, quien enfatizaba que la educación debe ser un medio para la experiencia activa y la reflexión. En su obra *Democracia y educación*, Dewey afirmaba que “la educación no es preparación para la vida; la educación es la vida misma” (Dewey, 1916). Esto implica que el aprendizaje significativo ocurre mejor en contextos que involucran la participación activa de los estudiantes en proyectos que les importan personalmente. Es fácil decirlo, más difícil aplicarlo. No obstante, la dificultad viene precisamente de la evaluación anterior que los docentes superaron y que ya en ese momento no era objetiva y tenía por objeto seleccionar sobre capacidades muy concretas, principalmente la memoria. Otra razón de la dificultad es la ausencia de diálogo entre discentes y formadores, la ausencia de planificación conjunta, del paso a paso, para que sea un paso firme. Obviamente, también implica recursos humanos, horarios, materiales, etcétera, que influyen en la dificultad de aprehender la facultad de trabajar por proyectos.

La incorporación de la evaluación formativa permite a los docentes ofrecer retroalimentación continua y constructiva, un aspecto que puede ser descartado en los métodos de evaluación tradicionales. Con esta metodología, los estudiantes reciben orientación sobre su progreso y áreas de mejora, lo que fomenta la reflexión metacognitiva y la autoconciencia. Este tipo de evaluación se basa en el principio de que el aprendizaje es un proceso en sí mismo, en el que cada error es una oportunidad para crecer y mejorar, en lugar de ser una falla que debe ser ocultada. En esta línea, Johann Heinrich Pestalozzi también defendía la importancia de un enfoque centrado en el alumno, enfatizando la necesidad de educar "a la cabeza, al corazón y a las manos". Su concepto de educación integral busca cultivar no solo habilidades cognitivas, sino también competencias emocionales y manuales. Según Pestalozzi en su obra *Cómo Gertrudis enseña a sus hijos*, la educación tiene que partir del amor y de los sentimientos, debe tocar la vida del niño en todos sus aspectos (Pestalozzi, 1801). Esta perspectiva resuena con la evaluación formativa, que busca involucrar a los estudiantes desde un enfoque holístico donde cada aspecto de su desarrollo es valioso. En mi caso, lo implementé y el resultado en la evaluación era obviamente de adquisición competencial lograda. Recuerdo que en el juicio que tuve contra la Consejería de Educación del Principado de Asturias, una alumna testificó y describió perfectamente que mi sistema correspondía, ella sin conocer el concepto en sí, a la

evaluación formativa. El inspector de educación convertido en instructor de mi expediente disciplinario era supuestamente especialista en evaluación formativa, sin haberla nunca probado él mismo en ningún aula, llegando incluso a mandar a mi alumnado, sin avisar, el realizar una prueba de evaluación tradicional, la denominada “bancaria” por Paulo Freire. De un lado, está el papel y, del otro, en la práctica la corruptela de la evaluación de siempre.

Es importante considerar que estas estrategias alternativas no solo benefician a los estudiantes y a su proceso de aprendizaje, sino que también permiten a los educadores reimaginar su rol en el aula. Los docentes pueden desempeñar el papel de guías y facilitadores, promoviendo un ambiente donde los estudiantes se sientan cómodos al asumir riesgos intelectuales y explorar nuevas ideas sin la presión de la calificación. Esta transformación en la relación docente-estudiante puede crear dinámicas más colaborativas y menos jerárquicas, donde los educadores apoyan a los estudiantes en su viaje de descubrimiento, convirtiendo el aula en un espacio de “co-creación” de conocimiento. Esta idea de colaboración y “co-creación” es un hilo conductor en la educación contemporánea que se nutre de las ideas de Dewey, quien sostenía que la educación escolar debe ser una experiencia de vida social (Dewey, 1916), subrayando que el aprendizaje se enriquece en interacciones sociales significativas.

El uso de tecnologías emergentes también puede abrir nuevas vías para el aprendizaje sin evaluaciones tradicionales. Las plataformas de aprendizaje en línea, las herramientas interactivas y los recursos multimedia permiten a los estudiantes participar en procesos de aprendizaje más flexibles y personalizados. Estas herramientas pueden facilitar la autoevaluación y la reflexión, que si bien utilizan una evaluación tradicional injusta, los estudiantes pueden medir parte de su propio progreso sin depender de clasificaciones externas y, sobre todo, sin que se convierta en una selección de “todo o nada” o sin nuevas oportunidades.

El movimiento hacia una evaluación más holística y menos formal debe ir acompañado de un enfoque en la educación emocional y social. Fomentar habilidades como la empatía, la resiliencia y el trabajo en equipo debe ser parte integral del proceso educativo. Cuando eliminamos la presión de la evaluación tradicional, podemos dar mayor espacio a estas habilidades y preparar a los estudiantes para los desafíos del mundo real, donde el éxito a menudo depende de la capacidad de colaborar y comunicarse efectivamente, más que del rendimiento académico en exámenes. La educación liberadora debe ser un viaje de crecimiento

integral, no solo de acumulación de conocimientos. Desempolvando los modelos tradicionales, este nuevo paradigma educativo fomenta un sentido de exploración e investigación, enriqueciendo las experiencias personales de los estudiantes para crear una experiencia educativa genuinamente transformadora.

La educación liberada de la evaluación es como aprender a bailar sin tener que seguir un compás y un cronómetro. Por fin puedes moverte al ritmo de la música, explorando tu compás y el de los demás, también el estandarizado, y no al compás de un pitido supuestamente mecánico en manos de un funcionario que te dice cuándo parar y te elimina de la pista.

Legislación educativa actual (LOMLOE) y la evaluación

La Ley Orgánica de Modificación de la Ley Orgánica de Educación (LOMLOE), aprobada en 2020 en España, representa un cambio significativo en la legislación educativa del país y, en particular, aborda el tema de la evaluación. En el marco de esta ley, se establece un enfoque más inclusivo y personalizado de la educación, que busca atender la diversidad del alumnado y responder a sus necesidades individuales. Sin embargo, esta intención de reforma se enfrenta a la complejidad del modelo de evaluación que tradicionalmente ha dominado el sistema educativo español, un modelo que ha sido fuertemente criticado por su rigidez y su tendencia a priorizar la medición cuantificable del aprendizaje.

Uno de los aspectos más destacados de la LOMLOE es su intento de desvincularse de la evaluación centrada en resultados numéricos, promoviendo un modelo más competencial que incluye la evaluación formativa y el aprendizaje basado en competencias, centrando la enseñanza y, por consiguiente, la evaluación en una serie de desempeños: saber hacer. Un paradigma que ya lleva sobre el papel normativo desde el 2006 con la implantación de la Ley Orgánica de Educación (LOE). Este nuevo enfoque, desde principios del siglo XXI, sugiere que la evaluación debe considerarse no sólo como un mecanismo de control y un fin en sí mismo, sino como una herramienta para el proceso de enseñanza-aprendizaje. La ley aboga por una evaluación que valore el progreso del alumno a lo largo de su trayectoria educativa, enfatizando la importancia de la retroalimentación continua y la reflexión crítica como componentes fundamentales del aprendizaje. No obstante, queda la tarea de que estos principios se traduzcan efectivamente en la práctica educativa, donde las antiguas prácticas de evaluación persisten con fuerza.

Sin embargo, la implementación de la LOMLOE puede verse comprometida por la persistente presión sobre los docentes para que los estudiantes obtengan calificaciones que se alineen con estándares establecidos. Esto genera un dilema: aunque la ley promueve un enfoque más humano y holístico del aprendizaje, la realidad en el aula puede ser contradictoria, ya que los docentes a menudo se enfrentan a expectativas de rendimiento que remiten a un modelo de evaluación tradicional. La dicotomía entre la aspiración de una educación transformadora y las exigencias del sistema de evaluación sigue siendo un desafío notable en la aplicación de la LOMLOE.

Por otra parte, la LOMLOE también establece criterios para la evaluación que buscan fomentar la inclusión y disminuir la desigualdad educativa. Este enfoque sugiere que la evaluación debe ser sensible a las diferencias contextuales y las necesidades diversas y los diferentes ritmos de aprendizaje de los alumnos, abogando por la personalización de la enseñanza y el aprendizaje. Esto implica no solo tener en cuenta los contextos socioeconómicos y culturales, sino también adaptarse a las capacidades y estilos de aprendizaje individuales de los estudiantes. Sin embargo, el éxito de este enfoque depende de una formación continua y adecuada de los educadores, quienes deben estar equipados para implementar estrategias de evaluación que vayan más allá de la simple medición de resultados. Asimismo, el horario lectivo de los docentes debe integrar todos estos cambios, obligando a multiplicar el número de profesorado y a multiplicar igualmente las formaciones para atender a este nuevo modelo educativo.

La LOMLOE representa una oportunidad única para repensar el papel de la evaluación en la educación. Una vez más, se nos brinda la posibilidad de cuestionar y desafiar la idea de que el conocimiento y las habilidades pueden ser reducidos a una serie de números o letras. A medida que avanzamos en la implementación de esta ley, es crucial que tanto los educadores como las instituciones y la sociedad en su conjunto se comprometan a crear un ambiente donde el aprendizaje se valore por su proceso más que por su resultado. En este contexto, la evaluación podría empezar a verse como un reflejo del desarrollo integral del estudiante, un proceso de descubrimiento continuo y la tolerancia verdadera a la diversidad del aprendizaje humano. La tarea, aunque desafiante, es esencial para construir un sistema educativo que no solo prepare a los estudiantes para exámenes, sino que les brinde las herramientas necesarias para ser

ciudadanos críticos, creativos y comprometidos en la sociedad del futuro. La enseñanza de las matemáticas no tiene ningún sentido si la guerra es el sostén de un régimen político y económico, salvo para las funciones de la guerra, si no se entienden como una disciplina a utilizar para lograr un mundo sin violencia.

La LOMLOE es un hermoso puente que conecta la ribera del aprendizaje integral con la orilla de la evaluación significativa, pero, en muchos casos, los educadores se encuentran atrapados en un adoquinado de presiones y burocracia que les obliga a conducir por un camino de piedra, donde cada calificación es una bandera blanca que ondea, recordándoles que el viaje hacia el verdadero conocimiento aún está por llegar. En lugar de cruzar el puente hacia una educación transformadora, muchos se ven empujados al fango del sistema tradicional, recordando que, aunque el destino pueda ser brillante, el camino está repleto de obstáculos que apagan incluso el más ferviente deseo de innovar. No obstante, siempre existen los irreductibles, aquellos que resisten el conservadurismo que frena el avance del progreso, cuyo objetivo no es otro que garantizar que cada ser humano disfrute de unas condiciones de vida dignas, capaces de erradicar la mayoría de las injusticias sociales y de las violencias.

Conclusión: Un futuro sin evaluación, un futuro con más aprendizaje

El futuro de la educación debe alejarse del enfoque restrictivo de la evaluación estandarizada supuestamente “objetiva” y adoptar un modelo que celebre el aprendizaje como un proceso dinámico, diverso y humano. Ser objetivo, de verdad, es atender la diversidad del aprendizaje. Alcanzar esta meta no es meramente un ideal utópico; es una necesidad urgente en nuestra búsqueda por una educación que esté realmente alineada con las demandas del siglo XXI. Un futuro sin evaluaciones formales permitirá cultivar el aprendizaje genuino, enfocado en el desarrollo personal, el pensamiento crítico y la curiosidad.

Imaginemos y construyamos ahora ya un aula donde los estudiantes se sienten cómodos para explorar, expresar dudas, y abrazar la incertidumbre sin la carga del juicio inmediato que los elimina o aparta del grupo, sin el “efecto contraste” y con el efecto holístico. En este contexto, no solo florecería el conocimiento, sino también la creatividad y la innovación. Al eliminar las barreras impuestas por las calificaciones, los educadores y estudiantes podrían construir relaciones más fuertes y auténticas, donde el aprendizaje es una actividad colaborativa

y no un concurso individual eliminatório. Se llegó a la evaluación formativa para hacer la evaluación de siempre...

Al reflexionar sobre cómo las injusticias sociales se integran en los sistemas de evaluación, es fundamental reconocer que no se trata solo de medir el desempeño académico. La evaluación debe ser reconsiderada como una herramienta que no solo informe sobre el aprendizaje, sino que también tenga en cuenta el trasfondo social y cultural de cada estudiante. Es fundamental abogar por un modelo de evaluación más inclusivo y comprensivo que promueva la equidad en la educación y reconozca la multiplicidad de formas de aprendizaje y conocimiento. Al hacerlo, se abre la puerta a un sistema educativo que no solo evalúa y ya no devalúa, sino que también empodera, respeta y nutre a cada individuo en su camino hacia el conocimiento.

Finalmente, un futuro sin evaluaciones también implicaría crear un sistema educativo más equitativo y accesible, donde cada estudiante sea visto como un individuo valioso con sus propias capacidades y talentos singulares. Es la educación de la tribu genuina donde aún nadie había encontrado el truco de perpetuar su poder basado en sus méritos por el poder basado en la herencia, en la sangre, en la amistad, en el interés individual o en el de la clase social. La educación debería ser un viaje compartido de descubrimiento, respeto y crecimiento humano. Al mirar hacia adelante, tenemos la oportunidad de diseñar un sistema educativo que no solo prepare a los estudiantes para un examen, sino que los prepare para la vida, equipándolos con las habilidades, con los desempeños, la confianza y la pasión necesarias para contribuir a una sociedad más justa y enriquecedora. Es un reto significativo, pero esencial, que vale la pena emprender con valentía y determinación. Yo decido qué docente ser. Debo buscar adaptarme a las injusticias del sistema educativo. En mi caso, ya hace tiempo que lo decidí. Cada docente tiene sus tiempos para decidir, pero, por favor, que los y las que no quieren ser seleccionadores y seleccionadoras, se den un poco más de prisa.

Referências

DARLING-HAMMOND, Linda. **The flat world and education:** How America's commitment to equity will determine our future. Teachers College Press, 2010.

DAVIS, Angela Y. **Are prisons obsolete?** Seven Stories Press, 2003.

DEWEY, John. **Democracia y educación.** Ediciones Siglo XXI, 1916.

ELMORE, Richard. **School reform from the inside out:** Policy, practice, relationships, and results in the new reform agenda. Harvard Education Press, 2004.

FOUCAULT, Michel. **La arqueología del saber.** Ediciones Siglo XXI, 1970.

FOUCAULT, Michel. **El uso de los placeres.** Ediciones Siglo XXI, 1986.

FOUCAULT, Michel. **Vigilar y castigar:** Nacimiento de la prisión. Ediciones Siglo XXI, 1999.

FREIRE, Paulo. **Pedagogía del oprimido.** (3ª ed.). Ediciones Siglo XXI, 2017.

PESTALOZZI, Johann Heinrich. **Cómo Gertrudis enseña a sus hijos.** Ediciones Morata, 1801.

POZUELO Andrés, Y. **¿Negreros o docentes?** La rebelión del 10. Sapere Aude, 2019.

VIÑAO FRAGO, Antonio. **Meritocracia, igualdad, educación.** Por una vuelta a la historia social de la educación. Diego Marín, 2023.

WILLIAMS, Raymond. **Keywords:** A vocabulary of culture and society. Oxford University Press, 1983.

Submissão em: 26/10/2024

Aceito em: 28/02/2025

Citações e referências
Conforme normas da:



ASSOCIAÇÃO
BRASILEIRA
DE NORMAS
TÉCNICAS